

LA INSTALACIÓN HUMANA EN SANTA ANA DE ABRALAITÉ

Sector Oriental de la Puna; Jujuy; Argentina

Pedro Krapovickas

Alicia S. Castro

María de las Mercedes Pérez Meroni

Roberto J. Crowder

La presente comunicación * constituye un informe del estado actual de los estudios desarrollados en Santa Ana de Abralaité. Los trabajos arqueológicos allí llevados a cabo se iniciaron en marzo de 1974 y fueron financiados por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Los mismos comprendieron varias campañas con reconocimientos y excavaciones a lo cual se agregaron las correspondientes labores de gabinete. La investigación se encuadra dentro de un programa más amplio que tiene como ámbito espacial la franja de territorio que se extiende junto al borde oriental de la Puna a lo largo de las sierras de Santa Victoria y de Aguilar.

Santa Ana de Abralaité está aproximadamente a 23° 10' de latitud sur y a 65° 45' de longitud oeste de Greenwich. Se localiza sobre la ladera occidental de la sierra de Aguilar en uno de los bordes de la gran cuenca cerrada de la laguna de Guayatayoc y de las Salinas Grandes. Tanto en ésta como en las otras cuencas del sector oriental de la Puna, se pueden individualizar varias secciones que ofrecen condiciones ambientales notoriamente diferenciadas (Ottonello de García Reinoso y Krapovickas, 1973). Su reconocimiento permite interpretar la distribución de la instalación humana en el ámbito de tales cuencas. En sus amplios fondos se intensifican las condiciones de aridez que caracterizan, en general, a toda la región. En cambio, en el pie de monte y en las laderas de las montañas que las limitan, las condiciones se hacen más benéficas. Las precipitaciones son allí, evidentemente, algo mayores dado el papel de condensadores locales de humedad desempeñado por esas cadenas. En consecuencia resultan mucho más abundantes los restantes recursos hídricos que toman la forma de vertientes y de arroyos. A todo lo anterior se agrega la protección brindada por los pequeños valles y quebradas allí existentes. Una primera sección se extiende desde los bordes del fondo de la cuenca hasta aproximadamente los 4.000 m de altura. En ella se dan las mejores condiciones para el desarrollo de la agricultura. Más arriba hay otra sección con pastos permanentes, muy adecuada para el pastoreo y, finalmente, está el sector cuspidal. La

* Presentada al 1er. Congreso Regional de Arqueología del Noroeste argentino, San Salvador de Jujuy, 1977.

instalación humana se ha localizado siempre en función del aprovechamiento alternado o simultáneo de todas estas porciones. Santa Ana de Abrolaite está aproximadamente a unos 3.600 m. de altura. En consecuencia es un típico ejemplo de instalación agrícola puneña.

En este distrito situado al occidente de la sierra de Aguilar, en la sección donde se levanta el cerro del mismo nombre, hay tres quebradas muy importantes. Dos de ellas, la de Abrolaite al sur y la de Río Grande al norte, son paralelas, ya que ambas descienden con rumbo este oeste por la falda de la sierra hacia el fondo de la cuenca. Entre ambas hay una tercera quebrada que es la de Santa Ana de Abrolaite. La primera porción de su curso, la superior, posee igualmente rumbo este oeste. Pero en su parte media, tuerce hacia el norte y se une a la de Río Grande. Estas tres quebradas crean una situación muy singular y notablemente adecuada para la vida humana. Por ellas bajan torrentes de distinto caudal, pero todos igualmente fundamentales pues proporcionan los medios para el desarrollo de la agricultura de regadío.

En el curso inferior de la quebrada de Santa Ana de Abrolaite se encuentran los restos de un antiguo poblado prehispánico. Hay también amplias extensiones con construcciones agrícolas igualmente prehistóricas. Muchas de estas estructuras rodean al viejo poblado y se relacionan estrechamente con él. Al sur, quebrada arriba, se extienden por el sector medio del pequeño valle. Al norte se prolongan por su parte más baja. Hay también andenes al este y al oeste sobre las laderas que flanquean a las ruinas. Pero como se verá más adelante hay otros sectores con construcciones agrícolas mucho más lejos. Quebrada arriba, en el curso medio de la misma, en una zona con antiguos andenes localizada al sur del asentamiento primitivo, está el pueblo moderno con sus corrales y sus cultivos. Todas estas exteriorizaciones de la vida humana que aparecen íntimamente entrelazadas, poblado prehispánico, antiguos campos de cultivo e instalación actual dan relevancia a este lugar (fig. 1).



Fig. 1: Vista de la quebrada de Santa Ana de Abrolaite, hacia el sur, desde el sitio arqueológico. En primer plano, parte del mismo. Hacia el fondo: la instalación actual.

LA INSTALACIÓN PREHISPÁNICA

El antiguo poblado está en el curso inferior de la quebrada de Santa Ana de Abrolaite, es decir, en la porción que se orienta hacia el norte. Ocupa una parte del frente de un antiguo y amplio cono de deyección. Dos arroyos modelan dicho frente cortándolo longitudinalmente. Uno, el más oriental, es el más



Fig. 2: Capilla de la población actual de la quebrada de Río Grande.

prolongado. Baja desde la parte más alta de la quebrada y aporta las aguas sobrantes del riego de los cultivos actuales situados más arriba. El otro, el más occidental, es mucho más corto y su cauce permanece seco la mayor parte del tiempo transformándose en un torrente subterráneo. Los profundos zanjones que forman estos dos arroyos delimitan una porción del frente del gran cono que adquiere la forma de una prolongada elevación cuyo eje mayor tiene rumbo norte sur. Como el extremo septentrional de tal elevación está ya en plena desembocadura de la quebrada, queda libre y constituye una suave ladera. Sobre la misma está el poblado prehispánico.

Se trata de una instalación vinculada a construcciones agrícolas aparentemente pacífica pues carece de evidentes elementos de defensa, ya sea naturales o artificiales. No obstante su localización posee cierto carácter estratégico. Los bordes de la quebrada la ocultan a la visión. Solamente se puede reconocer el lugar cuando el observador se enfrenta al mismo. De lo contrario pasa desapercibido y resulta difícil distinguirlo. Sin embargo desde el sitio y las alturas inmediatas que lo rodean se contempla un amplio panorama que abarca gran parte del bolsón del río Miraflores. Hacia el sur se divisa en toda su amplitud el fondo de la cuenca con la laguna de Guayatayoc, al oeste se ve la zona de Casabindo y al noroeste las cumbres que rodean a Cochinoca (fig. 3).

La ladera sobre la que se levanta la aldea en ruinas ha sido acondicionada por medio de la construcción de numerosas terrazas con paredes frontales de

piedra. Sobre ellas se han levantado recintos circulares con muros también de piedra. Estos recintos, dadas sus dimensiones, 3 a 5 m de diámetro, y por los hallazgos efectuados durante su excavación, han sido interpretados como habitaciones. Distribuidas sobre las terrazas, las habitaciones aparecen aisladas o agrupadas de a dos. Poseen puertas cuyos vanos están delimitados por grandes piedras. Una constituye generalmente un umbral y otras dos sus jambas.

Las terrazas pudieron tener distintas funciones. Algunas estuvieron destinadas solamente a salvar desniveles. Pero otras fueron transformadas en verdaderos patios. Sus muros frontales se levantan y sobresalen por encima del piso interno de las terrazas, quedando así convertidas en espacios parcialmente cerrados por paredes. Como éstas son rectas las plantas resultantes son aproximadamente rectangulares. Dadas sus dimensiones se supone que estos espacios no pudieron estar techados. Por eso son considerados como patios. De tal manera las terrazas, los patios rectangulares escalonados y las habitaciones circulares constituyen una instalación relativamente densa en la que parecen imperar los espacios abiertos. Estos elementos se vinculan entre sí y constituyen unidades de vivienda mayores integradas por uno o dos patios con los cuales se comunican varias habitaciones circulares (fig. 5).



Fig. 3: Vista del bolsón del río Miraflores desde el sitio arqueológico, hacia el noroeste.

Resulta difícil fijar los límites precisos de la aldea propiamente dicha ya que en su periferia las terrazas de la zona poblada se convierten sin solución de continuidad en las de cultivo. Así, solamente mediante la consideración de la ausencia o la presencia de recintos circulares, se ha podido fijar un espacio de unos 100 m de diámetro que constituye el verdadero núcleo habitacional. Este espacio aparece encuadrado de una manera algo relativa al este y al oeste por los dos arroyos citados más arriba que bajan por la quebrada y que cortan longitudinalmente, de sur a norte, el frente del cono de deyección sobre el cual está el sitio. No obstante se ha observado que hay un pequeño núcleo

de recintos circulares en la margen opuesta del arroyo oriental, separado por su zanjón del resto del poblado. En cambio, por el lado occidental las construcciones se interrumpen antes de alcanzar el borde del otro arroyo y son reemplazadas por terrazas sin viviendas que aparentemente fueron utilizadas para cultivos. Por el sur los recintos circulares llegan hasta un camino para vehículos que conduce hasta el pueblo moderno y pasa junto a las ruinas. Por el norte esas habitaciones terminan en un lugar donde se levantan varios corrales actuales. Resulta interesante señalar que las actividades de los pobladores de hoy se han mantenido al margen de la zona con viviendas prehistóricas.

En la porción de cono de deyección antiguo sobre la que se levanta la aldea que se describe, abundan los rodados graníticos de diverso tamaño. Los más pequeños, entre 0,30 y 0,40 m de diámetro, han sido usados en la construcción de muros de viviendas, patios o terrazas. Pero también se emplearon, en muchas ocasiones, algunas piedras más grandes que por estar en las inmediaciones fueron movidas e incluidas en las paredes. Hay también bloques de dimensiones inmensas que, al no poder ser removidos, pasaron igualmente a formar parte de las paredes y muchas veces condicionaron la forma de la planta y la distribución de los recintos. Este aprovechamiento de rocas de muy diferente tamaño existentes originariamente en el lugar, otorga a la arquitectura de Santa Ana de Abralaite un singular carácter megalítico.

Las paredes de los recintos son dobles. En las viviendas circulares, salvo las excepciones anotadas, han sido levantadas con rodados de tamaño mediano, de 0,30 a 0,40 m tal como se dijo, pero de forma irregular lo que da también un aspecto irregular a los frentes de los muros. Como las piedras empleadas en la construcción son rodados, su forma tiende a ser redondeada. Las paredes fueron hechas sin mortero de barro y carecen de cimientos. Algunas se conservan aún hasta bastante altura, 0,90 m en una de las habitaciones. El relleno de las paredes dobles está constituido por materiales varios. En algunos casos se ha verificado que es de piedras más pequeñas. En otros muros, en cambio han aparecido incluidos como relleno muchos fragmentos de cerámica. Este hecho resulta muy singular. La alfarería aparece fragmentada en trozos de gran tamaño. El conjunto de tiestos no está compactado sino notoriamente suelto. No se agregó nada para consolidar al relleno. Se observaron también algunos muros de construcción algo diferente. El que separa a dos patios contiguos, localizados en el sector excavado, está formado igualmente por una pared doble. Pero en esta ocasión ha sido hecha con una técnica común en otros lugares de la región andina. Series de piedras más largas han sido plantadas a intervalos regulares y los espacios resultantes se rellenaron con piedras más pequeñas. Una de las piedras verticales mide 0,60 m de alto. Pero este segundo tipo de muro parece más raro en Santa Ana de Abralaite. Serían más comunes las paredes hechas con rodados irregulares.

Generalmente los muros de contención son relativamente sólidos. Cuando el desnivel entre dos terrazas contiguas es grande, tales muros pueden adquirir cierta notoriedad dada su altura e impresionan como si fueran murallas divisorias o perimetrales. Es lo que ocurre junto al arroyo oriental donde hay una prolongada y alta pared. Una atenta inspección muestra claramente que se trata de un simple muro de contención, pues a ambos lados del mismo hay construcciones idénticas, pero localizadas a diferentes niveles en distintas terrazas colindantes.

En las habitaciones excavadas no se han encontrado señales de techos confeccionados con materiales perecederos. En cambio una de ellas muestra en la parte superior de su pared una hilera de piedras firmemente asentadas que se proyectan levemente hacia el centro de la habitación, impresionando como si fuera la base de una bóveda en saledizo (fig. 4). Pero la cantidad de pie-

dras procedentes del derrumbe de la pared y acumuladas en el interior es en realidad reducida. Podría suponerse que su número debería ser mayor si el recinto hubiera estado en efecto totalmente techado con piedras. Es probable

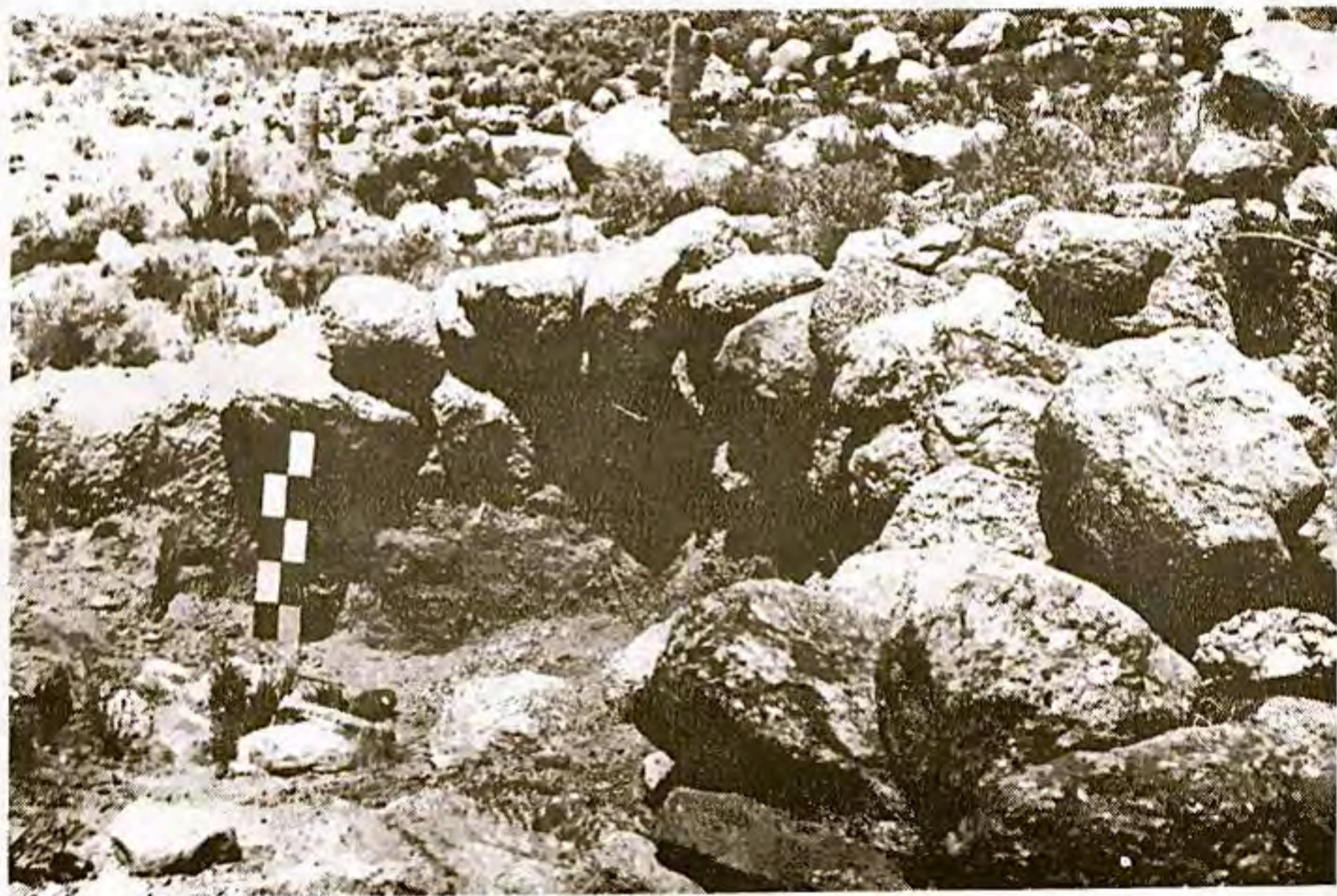


Fig. 4: Pared con piedras en saledizo en uno de los recintos de planta circular.

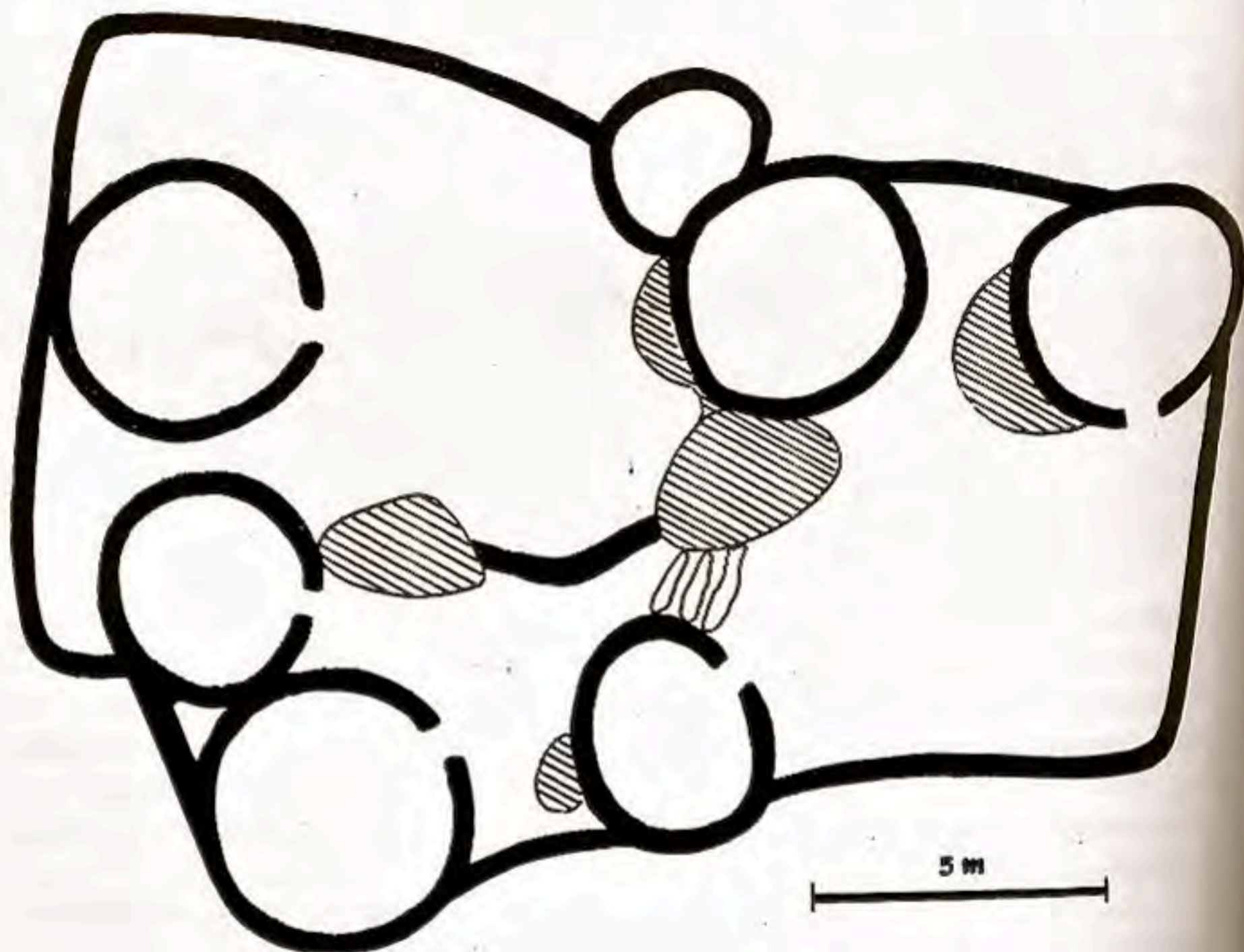


Fig. 5. Plano parcial del sector excavado con algunos de los recintos de planta circular. Las superficies rayadas señalan los bloques de grandes dimensiones incluidos en las construcciones.

que lo que se intentó fue simplemente hacer reducir el diámetro de la parte más alta de la habitación con el fin de posibilitar su techado con troncos de cardón. Pero tampoco se encontraron señales de estos últimos sobre el piso.

En una terraza contigua a las estructuras en las cuales se practicaron las excavaciones se localizaron dos pequeños basurales que estaban muy cerca uno del otro. Eran dos elevaciones de muy escasa altura en cuyas superficies había abundantes cerámicas fragmentadas. Los dos estaban junto al borde externo de la pared septentrional de un patio. Tal situación sugería claramente que los desperdicios que los formaban fueron arrojados desde el interior de ese patio hacia afuera acumulándose en una terraza vecina. Uno de ellos, el más occidental, resultó poco espeso pues a 0,30 m de profundidad apareció el suelo estéril. El otro, el oriental, era algo más alto y se encontraba en el ángulo formado por dos paredes. Poseía un espesor de 0,50 m. Este basural estaba constituido por una gran cantidad de pequeños rodados que habían sido amontonados conjuntamente con los desechos, los que estaban integrados por tuestos y una cantidad no demasiado abundante de restos óseos.

Con relación a estos basurales cabe mencionar un paralelismo observado en el pueblo moderno de Santa Ana de Abralaite, el cual se localiza más arriba en la misma quebrada, al sur de las ruinas. Allí, en una de las casas, había una acumulación de desperdicios que también había sido arrojada desde el interior de un patio y apoyaba contra la pared externa del mismo. De esta manera se formó un basural de cierta importancia que se encontraba en una posición similar a la señalada para los basurales excavados en la instalación prehispánica.

En el sitio estudiado hay numerosos molinos de mano. Un número importante fue encontrado en los patios, pero también aparecieron en las habitaciones. La materia empleada fue preferentemente el basalto negruzco que abunda en la quebrada de Río Grande. Estos molinos no tienen forma definida y ofrecen, como señal de su función, una cara desgastada por el uso. Pero se han observado otros molinos confeccionados con otros tipos de rocas que poseen formas más definidas. Parecen bateas. Son alargados. En un extremo tienen una superficie muy alisada y uniforme. La porción restante del molino está ocupada por una concavidad rectangular de bordes muy regulares. Se han encontrado, también en superficie en diversos puntos de este poblado en ruinas, varios trozos de basalto negro que fueron tallados muy rudimentariamente para proporcionarles uno o dos extremos redondeados. Uno de estos objetos es relativamente grande pues mide 0,90 m de largo. Pudieron servir como dinteles de las entradas a las habitaciones o como toscos menhires o estelas. Pero ninguno de ellos apareció "in situ".

Debe señalarse, como dato importante para el establecimiento de relaciones culturales, que no se ha encontrado ningún tipo de inhumación dentro de la zona con viviendas antiguas, ni en el interior ni fuera de los recintos. Es posible que en algún lugar que será menester localizar, se encuentre alguna necrópolis. Tampoco se han tenido noticias de la existencia de entierros en grutas en las proximidades del sitio.

Las vías de comunicación internas del poblado no resultan demasiado evidentes. Como se señaló, las habitaciones circulares poseen puertas que las comunican con los patios. Esas puertas no tienen ninguna orientación definida respecto a los puntos cardinales. Los patios se comunican entre sí de manera bastante caprichosa. Dos patios contiguos pueden aparecer totalmente independientes. En cambio se observan vinculaciones evidentes entre espacios abiertos más distintos y entre los cuales se interponen otras estructuras. Estas comunicaciones entre patios alejados se verifican por medio de pasillos más o menos alargados. Uno de estos pasillos está limitado a un lado por la pared de una habitación circular y al otro por un enorme rodado. En su piso hay varias hile-

ras irregulares de piedras dispuestas transversalmente como si fueran escalones destinados a salvar el desnivel existente entre los patios así ligados. Un poco más allá hay otro pasillo que comunica dos zonas abiertas alejadas que consiste en una estrecha terraza de 1,30 m de ancho, limitada a ambos lados por paredes.

Las construcciones agrícolas que cubren una dilatada superficie constituyen la evidencia más directa de la práctica del cultivo por parte de los antiguos habitantes del lugar. Consisten básicamente en andenes de cultivo que aparecen delimitados por paredes de piedra. Se los encuentra en muchos lugares. En los bordes del sitio habitacional, como ya se ha dicho, las terrazas con viviendas ceden paso a los andenes de cultivo. Estos se extienden a partir del poblado antiguo por el sur, quebrada arriba, por todo su curso medio hasta donde está la instalación moderna. Por el norte se continúan en la falda cada vez más suave del pie de monte en una muy amplia porción de terreno surcada por los arroyos que bajan de las quebradas de Santa Ana y Río Grande. Los límites máximos de este gran espacio más bajo cubierto por antiguas construcciones de cultivo no han sido fijados. Existen también andenes en los bordes de los dos arroyos que delimitan, al este y al oeste, la porción de plano inclinado sobre la que se levanta el poblado primitivo. Pero hay también andenes en lugares más alejados como al pie de las alturas distantes que limitan a la quebrada de Santa Ana de Abrolaite por el este, en los bordes de una pequeña quebrada subsidiaria de aquella, llamada Cortaderas, y en la quebrada de Río Grande.

Todos los andenes poseen paredes frontales de piedra. La altura de estas paredes y la amplitud de cada andén dependen de las características del terreno. En las laderas más abruptas son más estrechos y más altos. En terrenos menos inclinados son más anchos y los muros se transforman en simples hileras de piedras. A estas diferencias en tamaño e agregan también algunas distinciones constructivas. Algunos muros de andenes han sido levantados con piedras grandes, otros con piedras más pequeñas y una tercera categoría combina varias hileras de piedras grandes con otras de piedras chicas.

En andenes localizados en la parte baja que se extiende al norte del poblado prehistórico se encontraron antiguos canales de riego. Están formados por dos hileras paralelas de piedras bajas que dejan entre ellas un canal estrecho. Hay uno, en especial, que resulta indudable y muy evidente. Está trazado aproximadamente en el centro de un alargado andén y se conserva de él una porción bastante prolongada de su recorrido.

Uno de los problemas fundamentales respecto a estos andenes estriba en el adecuado establecimiento de sus relaciones temporales. Resulta muy difícil aseverar su absoluta y total contemporaneidad con el sitio habitacional. Tampoco puede asegurarse que todos estos campos cultivados fueron aprovechados al mismo tiempo. Pero dado que no se conoce por ahora ninguna otra instalación prehistórica cercana que muestre diferencias cronológicas con la de Santa Ana de Abrolaite, todas estas andenerías son consideradas como coetáneas del poblado estudiado. El avanzado estado de destrucción de los muros de los andenes y la desaparición casi total del suelo fértil que los rellenaba, son factores que favorecen la idea de su alta antigüedad. Pero resulta necesaria la búsqueda de argumentos más seguros.

Los trabajos arqueológicos propiamente dichos consistieron en prospecciones y excavaciones. Las primeras estuvieron destinadas a reconocer la aldea prehistórica, todas las construcciones agrícolas, tanto las cercanas a aquella como las más alejadas, y, además, una serie de restos de diversa índole localizados en las quebradas de Río Grande y Abrolaite. Las excavaciones se practicaron exclusivamente en un sector del poblado. Tuvieron como finalidad la determina-

ción de las funciones de las distintas clases de estructuras y el logro de una colección de materiales arqueológicos suficientemente representativa.

El sector en el que se desarrollaron las excavaciones está en el ángulo sureste del poblado prehispánico, en las proximidades del camino moderno para vehículos que conduce a la población actual y junto al borde del arroyo oriental. Es uno de los puntos más altos de toda la aldea pues desde aquí la ladera sobre la que está la instalación baja hacia el norte y el oeste. En este lugar se observa una interesante concentración de recintos circulares y terrazas. A pesar de la proximidad del camino carretero, el estado de conservación de las ruinas es, en general, bueno. Si bien muchos de los muros están derruidos y otros parecen haber sido desmantelados para aprovechar sus piedras en construcciones modernas, hay muy pocos pozos producidos por saqueadores. Se efectuaron excavaciones en dos recintos circulares contiguos, en uno de los patios y en los dos basurales mencionados más arriba.

En los recintos circulares la excavación mostró que la acumulación formada en el piso tenía aproximadamente 0,20 m de espesor. Estaba constituida por un suelo oscuro uniforme con restos de carbón y otras sustancias orgánicas. Había abundante cerámica fragmentada pero se hallaron pocos restos óseos. Estos últimos fueron, por el contrario, más abundantes en los basurales. Durante la remoción de ese relleno aparecieron varios fogones, dos piedras usadas como molinos de mano y una escudilla decorada. En cambio en el patio los hallazgos fueron muy escasos pues casi no existía acumulación. Todo esto señala que en el interior de los recintos circulares, que fueron seguramente las verdaderas habitaciones de las viviendas, se desarrollaron las principales actividades hogareñas. La uniformidad del depósito muestra que la ocupación fue relativamente prolongada e ininterrumpida.

Las habitaciones excavadas eran contiguas y por lo tanto sus paredes resultaban tangentes. Al entrar ambas en contacto constituían un muro doble. Al separarse originaban entre ellas espacios triangulares. Uno de estos espacios estaba cerrado por un tercer muro formándose así un pequeño recinto o depósito. No pudo determinarse si en su estado original poseyó alguna abertura o no. Tanto este pequeño recinto triangular cerrado como el espacio libre que quedaba entre los dos muros frontales de la pared medianera entre las habitaciones estaban rellenos con una masa de fragmentos de cerámica. Si bien el conjunto era denso no resultaba compacto pues los tiestos no estaban pegados entre sí sino más bien sueltos. Entre ellos no había más que polvo o tierra seca. Eran fragmentos grandes provenientes en su mayoría de múltiples vasijas toscas fracturadas aunque aparecieron también trozos decorados. Aparentemente los fragmentos fueron introducidos simplemente para rellenar los huecos vacíos que quedaban entre las paredes. Pero en el fondo del reducido recinto triangular aparecieron restos de carbones y tierras calcinadas. Este hecho indica que ese espacio pudo tener en algún momento una función específica difícil de determinar.

El análisis de los materiales obtenidos durante los trabajos de campo está en pleno proceso de realización. El mismo consiste en la clasificación tipológica de las colecciones cerámicas. Estas están integradas casi exclusivamente por tiestos procedentes de las excavaciones de las viviendas, patios y basurales. En la presente ocasión se ofrecen algunos resultados parciales del estudio. Se han separado varios conjuntos de tiestos que comparten rasgos comunes, algunos de los cuales, especialmente los integrados por fragmentos con decoración, poseen un rol primordial en la determinación de relaciones. Pero aún no se han completado todas las operaciones que permiten su definición como tipos plenos con designaciones propias. Por ello, para evitar nuevas complicaciones terminológicas se ha preferido presentar las categorías clasificatorias hasta ahora lo-

gradas utilizando la palabra "grupo" para designarlas. Cada grupo singular ha sido individualizado con una letra mayúscula por orden alfabético. Así en la cerámica decorada se han definido tres grupos plenos de significación. El grupo A está constituido por tiestos que muestran decoración bicolor en negro sobre fondo rojo. En cambio los grupos B y C están formados por fragmentos que incluyen también el color blanco.

En el grupo A hay fragmentos de pasta roja o pardo rojiza, no muy compacta con antiplástico de roca molida. Los tiestos en general son delgados. El espesor de la mayoría oscila entre los 4 y 5 mm. Algunos son más gruesos pues tienen entre 5 y 7 mm de espesor y unos pocos, más delgados, poseen entre 3 y 4 mm. Las superficies con decoración, ya sean externas o internas, tienen un baño o engobe pulido muy consistente. Las no decoradas están alisadas. Hubo vasijas globulares de bocas restringidas no muy grandes. Un par de fragmentos parecen haber pertenecido a vasijas subcilíndricas. Hay también escudillas, pero son más escasas. En las vasijas restringidas la decoración se desarrolló en el exterior aunque algunos tiestos muestran que también pudieron tener dibujos en el interior de las bocas. Las escudillas ostentan decoración interna. Los diseños son geométricos. Han sido trazados sobre el engobe rojo con líneas negras anchas que varían entre 3,5 y 4,5 mm de ancho. El motivo más común está integrado por series de trazos oblicuos paralelos que parecen rellenar superficies triangulares (fig. 6). Otros tiestos muestran reticulados de malla amplia o series de ángulos paralelos. Algunos trozos algo más grandes muestran que los motivos pudieron estar organizados en bandas horizontales paralelas a los bordes.

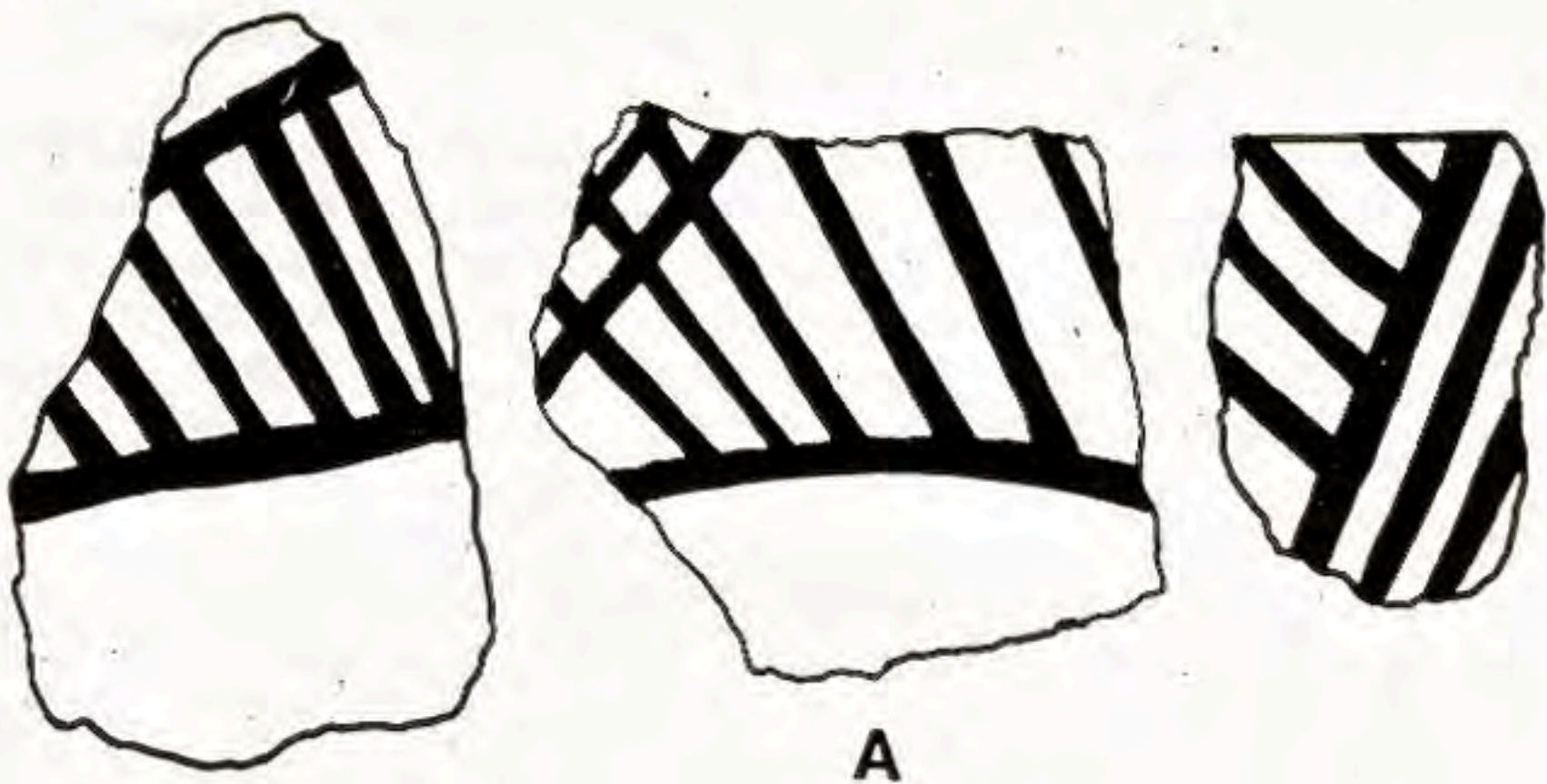


Fig. 6: Fragmentos de cerámica del grupo A de Santa Ana de Abrolaite.

En los grupos B y C aparece el color blanco. En el B hay fragmentos de pasta roja con antiplástico de roca molida de calidad uniforme. Pero también algunos tiestos de pasta anaranjada que tiene inclusiones de color blanco. Son también delgados pues su espesor promedio es de 5 mm. Las superficies externas fueron alisadas con cuidado. En un sólo caso parece existir engobe, en los demás no. Todos los trozos han pertenecido a vasijas grandes de bocas restringidas. La decoración se desarrolla sobre las superficies exteriores. Fue trazada en blanco o blanco y negro sobre el fondo rojo natural de la cerámica o sobre una delgada capa de pintura mate de color algo más intenso que el de la pasta. Se trata de pequeños círculos blancos que aparecen solos o se combinan con rayas negras. Los círculos blancos tienen entre 6 y 13 mm de diámetro. El

ancho de los trazos negros varía de 4 a 8 mm. Por el reducido tamaño de los tiestos no puede lograrse una reconstrucción total de los motivos decorativos. Pero pueden señalarse las siguientes combinaciones de elementos: círculos blancos contiguos distribuidos en hileras superpuestas y en posiciones alternadas los círculos de una hilera respecto a los de las otras; combinaciones de áreas reticuladas en negro y círculos blancos contiguos; líneas oblicuas negras combinadas con círculos blancos; círculos blancos en hileras simples combinados con diseños en negro no reconocibles. Los círculos blancos han sido realizados con notoria regularidad tanto en lo que se refiere a sus contornos como a su distribución. Fueron pintados con una substancia no muy resistente aplicada en capa gruesa que se desprende con facilidad (fig. 7).

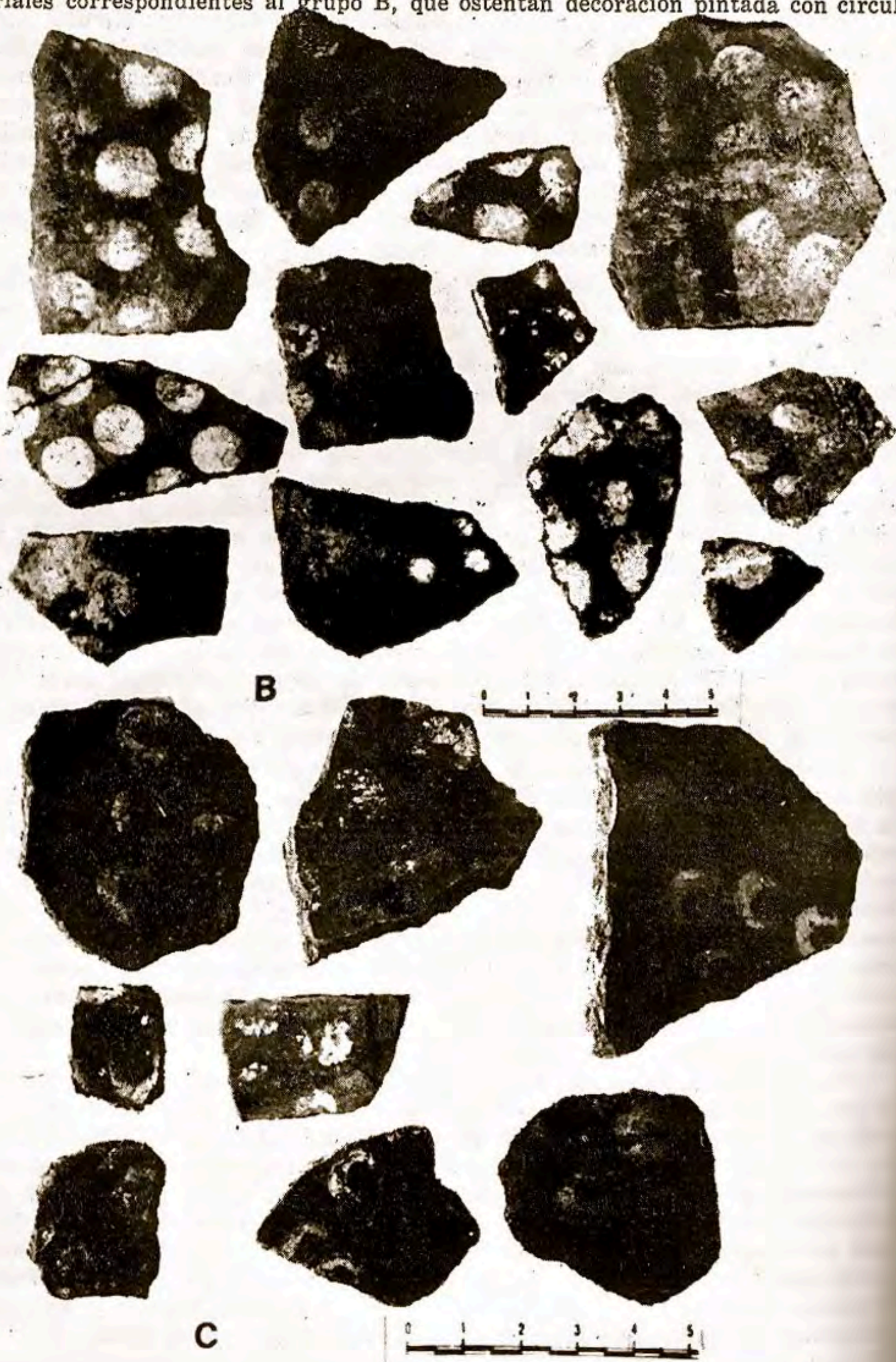
El número de tiestos que integra el grupo C es reducido, pero sus rasgos resultan muy notorios. Son de pasta roja o pardo rojiza, con antiplástico de roca molida. Sus espesores oscilan entre 5 y 7 mm. Todos los tiestos tienen la superficie externa cubierta con un engobe mate cuyo color va del rojo claro al morado muy oscuro. Han pertenecido a vasijas grandes de bocas cerradas. Los diseños aparecen pintados sobre el engobe de la superficie exterior. El motivo más importante o casi único está constituido por unos pequeños dibujos blancos con forma de ganchos, vírgulas o medias lunas. Es un diseño que se diferencia claramente de los círculos del grupo B. Los diámetros de los ganchos varían entre los 6 y los 12 mm, pero predominan los de mayor diámetro. En un caso aparece el color negro bajo la forma de un trazo recto ancho. Dado el tamaño de los tiestos no puede reconstruirse el carácter general de los motivos. En algunos trozos las figuras blancas se distribuyen en hileras dobles. Uno de los tiestos, que corresponde a la zona de inflexión de un cuello, sugiere que tales bandas estuvieron ordenadas horizontalmente en series paralelas al borde. Los dibujos están hechos con contorno preciso, pero dadas las características de la substancia empleada están parcialmente borrados (fig. 8).

Alfarerías semejantes a las de los grupos A, B y C de Santa Ana de Abrolaite han aparecido en diversos sitios de la Puna y la quebrada de Humahuaca. La decoración que ostentan los tiestos del grupo A se ve también en vasijas procedentes de la Isla de Tilcara y de Puerta de Juella de Maidana. Pertenecen al estilo que Bennett denominara Isla policromo (Bennett y otros, 1948, fig. 4; Debenedetti, 1910, fig. 73 a 75, 78, 89, 105, 121 y 132). Pero en los fragmentos del grupo A de Santa Ana de Abrolaite no se observa la presencia del color blanco que caracteriza a ese estilo. Esto podría deberse a un hecho fortuito: se habrían conservado tan sólo los fragmentos correspondientes a las porciones de las vasijas decoradas en negro sobre fondo rojo, faltando aquellos que tendrían, además, color blanco.

Fragmentos de los grupos B y C fueron hallados con anterioridad por uno de los autores de este trabajo (Krapovickas) en el sitio Peña Colorada. Este sitio se encuentra en la quebrada de Humahuaca, sobre la margen izquierda del río Grande de Jujuy, un poco al sur de la desembocadura de la quebrada de Yacoraite y frente al pueblo moderno de Colonia San José. Hay aquí un poblado sin fortificaciones asociado a andenes de cultivo. Esta cerámica fue definida por Deambrosis y De Lorenzi (Deambrosis y De Lorenzi, 1975) como perteneciente al tipo Peña Colorada con puntos blancos, para el cual las investigadoras citadas dieron dos variedades, una con círculos blancos y otra con dibujos del mismo color pero con forma de medias lunas o de ganchos.

Pero hay otra serie de hallazgos que muestran que estos dos grupos cerámicos, así descriptos inicialmente como dos variedades de un solo tipo, deberán ser redefinidos como tipos separados poseyendo cada uno, seguramente, valor diagnóstico propio. Si bien en los dos sitios mencionados, Santa Ana de Abrolaite y Peña Colorada, aparecen asociados, en varios otros no ocurre lo

mismo. De acuerdo con la información que se dispone en la actualidad, materiales correspondientes al grupo B, que ostentan decoración pintada con círculos



Figs. 7 y 8; Fragmentos de cerámica de los grupos B y C de Santa Ana de Abralaite.

blancos, han aparecido de manera independiente en varios lugares, tanto del sector oriental de la Puna como de la quebrada de Humahuaca. En Queta, en la Puna, Casanova recuperó una vasija de gran tamaño decorada con trazos negros y círculos blancos que se conservaba anteriormente en el Museo Etnográfico de Buenos Aires y que actualmente está en el Museo Arqueológico de Tilcara, provincia de Jujuy. Ejemplares enteros y fragmentados con la misma decoración fueron hallados por Alfaro de Lanzone (Alfaro de Lanzone y Suetta, 1976) tanto en Rinconada como en los sitios arqueológicos de la cuenca del río Doncelilas. También fueron mencionadas alfarerías decoradas con figuras circulares de color blanco como procedentes de Tabladitas, igualmente en la Puna (Cabezas y otros, 1976) pero no queda claro si se trata de elementos del grupo B o del C.

Para la quebrada de Humahuaca se conoce una vasija con decoración del grupo B procedente de la Isla de Tilcara (Debenedetti, 1910, fig. 166). Otro hallazgo de la misma zona y que reviste interés, es efectuado por uno de los autores del presente escrito (Krapovickas), en Pucara de Yacoraite, en

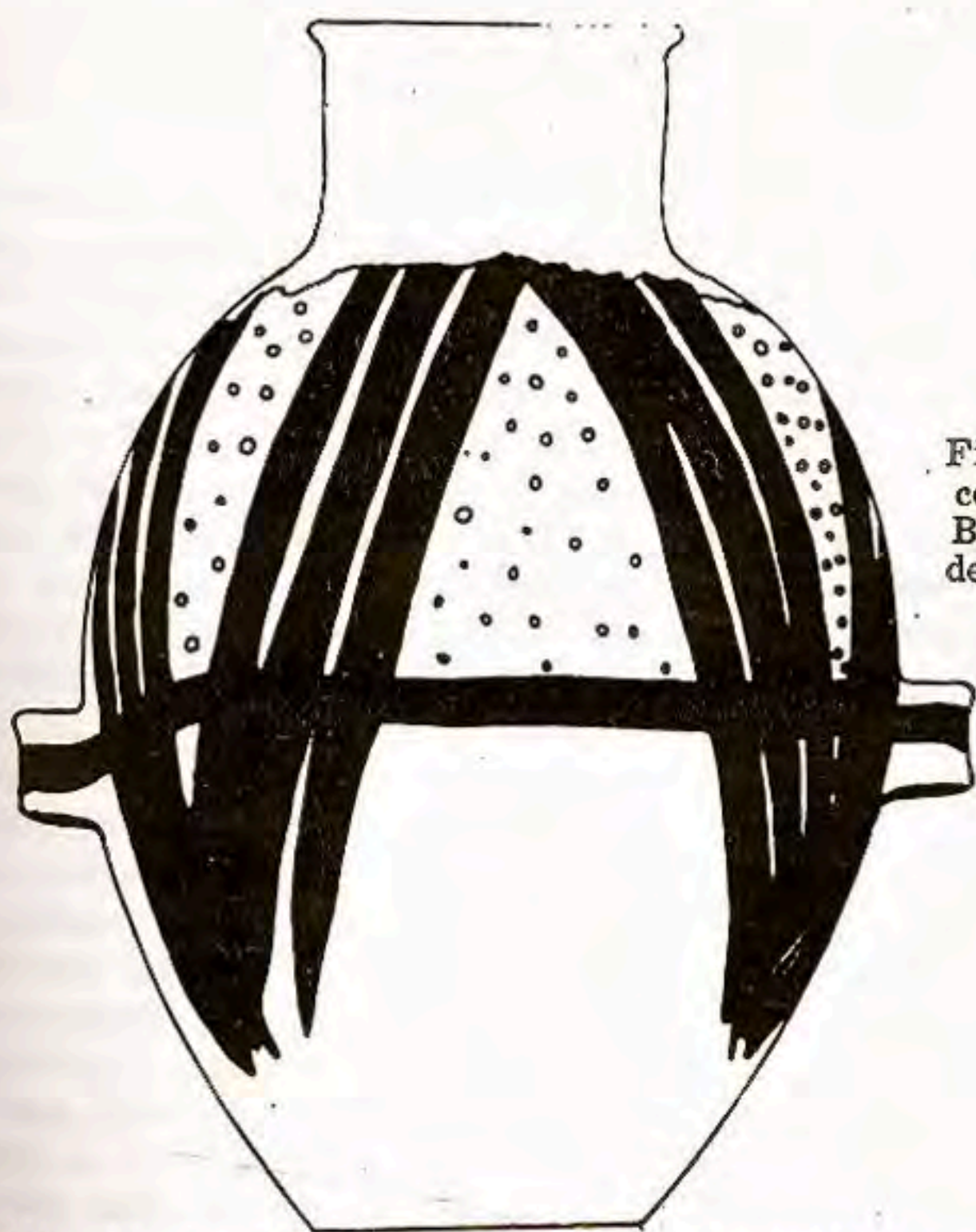


Fig. 9: Vasija de cerámica con decoración del grupo B procedente de Pucara de Yacoraite.

1959 (fig. 9). Se trata de un cántaros decorado con trazos negros y puntos blancos sobre fondo rojo que sirvió para enterrar a un párvulo en el piso de una vivienda. Los restantes materiales allí encontrados y que se asocian a esa vasija son claramente tardíos.

Toda la información anterior señala dos situaciones. En primer lugar existe una asociación de los dos grupos cerámicos B y C, en dos sitios, Santa Ana de Abrolaite y Peña Colorada. En el primer caso, como se vio, esos materiales aparecieron junto a alfarerías que pueden ser asimiladas al estilo Isla policromo. En el segundo fueron encontradas asociadas a tiestos decorados con figuras triangulares de color negro bordeadas por trazos blancos semejantes a los motivos que decoran a las vasijas del estilo Alfarcito policromo (Deambro-

sis y De Lorenza, 1975, fig. 1). Todo esto permite otorgar a tales asociaciones cerámicas, y en consecuencia también a los sitios en los cuales fueron descubiertas, una posición temporal más antigua, anterior al período tardío. Esto sería congruente con el patrón de ambas instalaciones ya que las dos carecen de fortificaciones y en ellas las viviendas, circulares en uno y rectangulares en el otro, se levantan junto a construcciones agrícolas.

En la otra situación, el grupo B aparece aislado y, en un caso, en una neta asociación tardía. Esto muestra indudablemente que ese grupo, si bien es antiguo en una parte de su desarrollo, perduró hasta tiempos posteriores independientemente. Esto justifica plenamente el tratamiento de ambos grupos como tipos separados válidos. Los aportes proporcionados por nuevos hallazgos futuros y los resultados que se logren una vez concluidos los estudios de las tipologías y las seriaciones tanto de Santa Ana de Abrolaite como de Peña Colorada que se están realizando actualmente, contribuirán con toda seguridad a puntualizar todo esto. Para terminar con este tema debe mencionarse un hallazgo de importancia que muestra lo necesario de tales aportes nuevos. En Pueblo Viejo de la Cueva, en una instalación sin defensas vinculada a andenes de cultivo, se encontraron dos vasijas de cerámica una de las cuales tiene motivos decorativos del grupo B y en la otra aparecen, en un mismo ejemplar, los diseños propios de los grupos A y B de Santa Ana de Abrolaite (Casanova, 1933, fig. 64 y 65).

En el complejo cerámico aquí analizado existen otros conjuntos susceptibles de ser definidos como tipos, pero aún no han sido valorados sus roles diagnósticos. Entre ellos hay un grupo de cerámica decorada integrada por fragmentos de vasijas de gran tamaño. Son de pasta roja. Las superficies externas han sido alisadas con cuidado pero no tienen ninguna clase de baño. Sobre ellas se han trazado anchas líneas de color negro que tienen entre 6 y 13 mm de ancho. Son trazos rectos paralelos o subparalelos. El tamaño de los tiestos no permite determinar su disposición respecto al diámetro máximo del cuerpo de las vasijas, esto es, si son paralelos, perpendiculares u oblicuos con relación a aquél. Estos motivos se corresponden con alguno de los señalado por Ottonello de García Reinoso para el tipo Agua Caliente pintado (Ottonello de García Reinoso, 1973, fig. VIII).

Entre la cerámica sin decorar se destaca un grupo que posee superficies negras. La pasta que es uniforme en cuanto a su textura, posee algo de mica. Se han determinado las siguientes clases: a) cerámica de superficie interna negra pulida brillante y superficie externa rojiza alisada; b) cerámica con superficie interna negra pulida mate y externa rojiza alisada; c) cerámica con superficie interna negra pulida y externa negra alisada. Las pastas de las dos primeras clases es negra junto a la superficie interna y rojizo o parda en las vecindades de la externa. En la tercera es negra en su totalidad. Los tiestos han pertenecido a escudillas o platos muy abiertos. En otra serie de tiestos la pasta es también de color negro pero algo floja por su textura. Ese color ocupa todo el espesor de los fragmentos, salvo una delgadísima capa que acompaña a la superficie externa. Esta es de color pardo. Han pertenecido a vasijas de gran tamaño que tuvieron bocas estrechas. Ambas superficies están simplemente alisadas. Fueron cocidas en atmósfera reductora, hecho que les otorga notoriedad. El uso posterior sobre el fuego de los hogares exidió parcialmente las caras exteriores con lo cual adquirieron su actual tono rojizo. Por último en esta presentación de la alfarería de Santa Ana de Abrolaite que, necesariamente, debió concretarse de manera parcial dado el estado actual de los estudios, puede hacerse mención de un reducido número de tiestos con improntas. Son fragmentos de pasta floja de color pardo, pertenecientes a vasijas ordinarias de bocas estrechas. Sus superficies exteriores muestran distintas impron-

tas. Varios poseen huellas de cetería espiralada. En uno han quedado las marcas de una red. Las superficies internas han sido alisadas.

LA INSTALACIÓN ACTUAL

Las tres quebradas vecinas que descienden por la ladera de la sierra de Aguilar en la zona de estudio albergan sendas poblaciones modernas. Son ellas la de Abralaite, Santa Ana de Abralaite y Río Grande, mencionadas de sur a norte. Estas tres localidades integran un distrito del Departamento Cochino de la Provincia de Jujuy. De ellas actualmente la más importante es Abralaite pues allí tienen su sede la iglesia, el registro civil, la escuela, el destacamento policial y el puesto sanitario. También hay una capilla en Río Grande (fig. 2). Pero la población que más interés ofrece a esta investigación es la de Santa Ana de Abralaite, dada su estrecha relación con el sitio arqueológico. En consecuencia se ha realizado también una observación del poblado moderno de Santa Ana de Abralaite destinada a lograr una comparación entre los dos asentamientos, el prehispánico y el actual.

Este estudio posee una intención doble. Se quiso obtener un medio para lograr una interpretación, aunque parcial, de diversos aspectos de la forma de vida manifiesta en la aldea prehistórica a través del análisis de los paralelismos visibles en las dos instalaciones. Además con la puntualización de las similitudes y diferencias entre ambos poblados se pensó que podrían señalarse algunos de los cambios operados con el tiempo en las sociedades que allí vivieron. Se esperaba, en consecuencia, que la información obtenida facilitara la proposición de varias hipótesis iniciales relativas a las causas que, a partir de una situación pretérita, promovieron tales cambios y generaron la situación actual.

Lo que se presentará a continuación respecto a la instalación moderna no es más que una primera aproximación a su conocimiento. Se ha conseguido, hasta el momento, una información mínima que sirve para obtener algunas interpretaciones primarias. Pero falta por conocer mucho más que lo dicho en los párrafos que siguen. Como justificación de estas limitaciones solamente puede añadirse que las investigaciones reseñadas en este escrito han sido fundamentalmente arqueológicas. El interés por el pueblo moderno surgió en función de la misma y como fuente complementaria en la búsqueda de respuestas a los múltiples interrogantes planteados.

La instalación moderna de Santa Ana de Abralaite consiste en un poblado disperso, localizado en el sector medio de la quebrada. Está hacia el sur y quebrada arriba del sitio arqueológico. Se computó un total de dieciséis viviendas que están algo alejadas unas de otras. Hay un camino para vehículos que vincula al pueblo con la ruta nacional ná 40 y llega a aquél después de bordear el sitio arqueológico. Al pasar por entre algunas casas actuales impresiona como calle, pero no es tal. En las viviendas modernas las habitaciones son rectangulares y tienden a distribuirse alrededor de espacios libres de forma cuadrada que se convierten en patios. Junto a las viviendas hay corrales y otras construcciones complementarias como cuartos convertidos en depósitos, hornos, etc. En torno a las casas se han plantado numerosos árboles: sauces y álamos. En algunas casas hay pequeños huertos con flores.

Las paredes de las habitaciones han sido construidas con piedras y barro o están compuestas por un basamento de piedra sobre el cual se levantó una pared con adobes. Tienen puertas pequeñas y no tienen ventanas. Los techos son a dos aguas hechos con madera de cardón, pajo y torta de barro. Con estos rasgos esenciales las casas muestran diferencias en cuanto a algunos accesorios (ventanas, puertas con mirillas, etc.).

Hay una agricultura relativamente desarrollada. Tiene tres destinos básicos: el autoconsumo, la producción de forrajes y la obtención de un excedente para intercambiar. Los cultivos más extendidos son los de alfalfa y los de habas. Pero se agrega una lista sorpresivamente variada de otros vegetales: maíz, girasol, acelga, ajo, quínoa, cebada, papas, oca, lentejas, arvejas, zanahorias, lechuga, etc. Hay también árboles frutales básicamente manzanos. Según una información brindada por una pobladora de Abralaite, en este lugar hasta se habrían plantado en alguna ocasión vides; allí "crece de todo". Naturalmente el éxito de estos cultivos es muy relativo. El maíz y el girasol difícilmente maduren y los restantes están supeditados a factores como las heladas, aprovisionamiento de agua suficiente mediante riego, pestes, etc. En su gran mayoría, salvo la alfalfa, las habas y posiblemente las manzanas, los vegetales cultivados son de consumo familiar.

La agricultura es por regadío y se hace un amplio uso de las aguas que bajan desde la parte alta del valle. Hay numerosas acequias y se han construido represas para almacenar agua para los períodos secos del año. Los terrenos cultivados no son muy extensos y se sitúan en las proximidades de las viviendas. Se usa el sistema de andenes. En algunos casos son de construcción moderna y en otros se han usado andenes antiguos. Pero también existen cultivos en un lugar con andenes prehistóricos pero sin hacer aprovechamiento de los mismos. Los viejos muros de contención ya no cumplen su función pues aparecen desmoronados y removidos. Los andenes que ellos forman han desaparecido y el terreno antes escalonado se ha convertido nuevamente en una ladera inclinada en la cual hay plantaciones de alfalfa. El riego se distribuye por turnos fijados por los vecinos, aparentemente no hay juez de aguas. Las técnicas agrícolas son rudimentarias. No se usa arado, se trabaja la tierra con pico y pala. Las plantaciones se efectúan con cierto desorden pues, por ejemplo, en un terreno con habas puede haber plantas aisladas de maíz o girasol. La envergadura del cultivo de la alfalfa, convierte a la agricultura moderna en una actividad secundaria, y hasta dependiente, con relación a la cría de animales.

El pastoreo cobra relieve. Hay ovejas, llamas, cabras y burros. Según los informes obtenidos existen dos zonas para el pastoreo. Una se encuentra en la parte baja de la quebrada hacia el fondo del bolsón del río Miraflores y la otra en el sector de vegas con pastos permanentes en el curso superior del pequeño valle. Una de las actividades principales de los pocos pobladores que residen permanentemente consiste en trasladar diariamente el ganado desde los corrales hasta los distintos lugares de pastoreo. Las ovejas y llamas se usan básicamente para la producción de lana y secundariamente para consumo de carne. Un poblador posee algunas mulas, animales que utiliza para sus transacciones.

La única artesanía importante, registrada hasta el momento, es la tejeduría, actividad a la que se dedican hombres y mujeres. Los tejedores producen mantas, guantes y otras diversas prendas de vestir. La materia prima proviene de la esquila de los animales. Los productos son llevados para su venta a la mina de El Aguilar.

Los pobladores actuales de Santa Ana de Abralaite emprenden algunas actividades comerciales que comprenden la adquisición de bienes de consumo y la comercialización de la limitada producción local. Se introducen una serie de productos procedentes de comercios de Abrapampa. Se trata de alimentos y bebidas envasadas, ropas, enseres, etc. Se adquiere también sal proveniente de las Salinas Grandes. Dos almacenes, uno en Abralaite y otro en Santa Ana de Abralaite, sirven de eslabones intermedios en algunas de estas transacciones.

Es muy importante el papel desempeñado por el establecimiento minero de El Aguilar. Se encuentra sobre la ladera oriental de la sierra del mismo nombre, al este de Santa Ana de Abralaite y de las otras poblaciones cercanas. Estas se vinculan con la mina por medio de un empinado sendero que asciende hasta el abra del Aguilar. Por ella se llevan a la mina los excedentes de la producción agrícola, ganadera y artesanal consistente en carne de oveja o de llama, habas y tejidos. Pero no solamente los habitantes de estos tres pequeños valles participan de esta actividad. También pasan por esta senda gentes de lugares más alejados, como Casabindo, quienes también conducen sus burros cargados con habas y carnes hacia la mina. Este intercambio ofrece mucho interés pues constituye un indicador esencial para valorar la producción campesina de estos rincones puñenos. Las transacciones pueden adquirir cierta complejidad. Uno de los habitantes de Santa Ana de Abralaite, por ejemplo, oficia de intermediario ya que adquiere carne y otros productos a pobladores del lugar para revenderlos luego en la mina.

En los tiempos actuales los habitantes del lugar salen en búsqueda de actividades que les permitan complementar las fuentes escuetas de su lugar natal. En este sentido la mina de El Aguilar es un centro que ejerce notable atractivo. Gran parte de la población masculina de Santa Ana de Abralaite, al igual que la de otras localidades de la zona, trabajan en la mina. Como algunos se trasladan con sus familias, pero siguen manteniendo sus viviendas y sus cultivos, el pequeño pueblo con muchas de las casas cerradas, parece desierto. Otras fuentes de recursos las constituyen la zafra azucarera y la recolección de tabaco en las zonas más bajas de las provincias de Jujuy y Salta. Resulta muy importante entonces hacer destacar que a pesar de estas migraciones temporarias, que reducen sensiblemente la mano de obra existente en el lugar, la producción agrícola posee la envergadura que se ha señalado. Según los informes obtenidos los cultivos son controlados por los pocos habitantes que quedan en el pueblo y aquellos que, por breves períodos, pueden retornar a sus casas, dada la relativa cercanía de la mina.

CONSIDERACIONES FINALES

A pesar de que las investigaciones presentadas en este escrito no se encuentran plenamente terminadas, ya que falta completar varios pasos, especialmente en lo referido a tareas de gabinete, se pueden adelantar algunas conclusiones brindadas por el estado actual de los conocimientos. A nivel de hipótesis a verificar puede otorgársele al sitio arqueológico de Santa Ana de Abralaite una posición cronológica relativa que surge de la interpretación de las asociaciones cerámicas allí aisladas, de la consideración de su patrón de instalación y de la comparación con otros sitios conocidos.

En Santa Ana de Abralaite no han aparecido elementos recientes. No se hallaron restos incaicos ni tampoco se localizaron materiales cerámicos que puedan asimilarse a los estilos tardíos de la quebrada de Humahuaca definidos por Bennett (Bennett y otros, 1948) como el Poma negro sobre rojo, Tilcara negro sobre rojo y Angosto Chico inciso (redefinidos estos dos últimos por Pérez, 1973, p. 673 y 674, como tipos Purmamarca línea fina y Purmamarca inciso).

En cambio la asociación de los tres grupos cerámicos decorados de Santa Ana de Abralaite, designados A, B y C, indica un momento temporal anterior al período tardío, tal como se anotó más arriba al tratar las alfarerías de ese sitio. En el grupo A se han observado elementos decorativos propios del estilo Isla policromo de Bennett. También se señaló que en Peña Colorada, sitio de la quebrada de Humahuaca fueron encontrados materiales cerámicos pertene-

cientes a los grupos B y C en asociación con tiestos que muestran elementos del estilo Alfarcito policromo. En Pueblo Viejo de la Cueva, lugar de la quebrada de la Cueva, tributaria de la de Humahuaca, se recuperaron piezas que ostentan puntos blancos o ganchos. Estos ejemplares tanto por su forma como por otros elementos decorativos que incluyen podrían adscribirse al estilo Isla policromo. Además las características del poblado prehistórico de Santa Ana de Abrolaite señalan un patrón de instalación igualmente antiguo. Se trata de una aldea sin fortificaciones en la cual los recintos forman un conjunto habitacional que se vincula estrechamente con construcciones agrícolas. Las terrazas sobre las cuales está el poblado se transforman, sin ningún otro elemento que sirva de transición, en terrazas de cultivo. En consecuencia, teniendo en cuenta lo expuesto se postula para el sitio arqueológico de Santa Ana de Abrolaite una antigüedad tentativa correspondiente al período medio, según la división en cuatro de los tiempos agroalfareros prehispánicos del Noroeste Argentino.

La coexistencia de una aldea que posee viviendas de planta circular junto con andenes y cuadros de cultivo marca un notorio paralelismo entre Santa Ana de Abrolaite y Tebenquiche. Este segundo lugar está localizado en el sur de la Puna a orillas del salar de Antofalla (Krapovickas, 1955). La única diferencia estribaría en que en Santa Ana de Abrolaite tales construcciones están sobre un plano inclinado ocupando un espacio algo más circunscripto. En cambio en Tebenquiche las habitaciones forman grupos algo separados entre sí y se levantan en el fondo algo más llano de una quebrada. Este paralelismo puede fijarse solamente en cuanto al patrón de instalación, ya que los materiales arqueológicos recogidos en ambos lugares difieren. Pero no se puede dejar de señalar esta similitud en el patrón de instalación de los dos sitios. Como Tebenquiche es cronológicamente temprano, tal parecido refuerza la convicción respecto a la posición temporal antigua otorgada a Santa Ana de Abrolaite. En coincidencia con esto conviene recordar que aquellos otros dos sitios, Peña Colorado y Pueblo Viejo de la Cueva, que muestran vinculaciones culturales con Santa Ana de Abrolaite, también son poblados sin fortificaciones con recintos asociados a andenes de cultivo. Pero en estos casos las viviendas son de plantas rectangulares.

Corresponde ahora efectuar una comparación de los hallazgos concretados en Santa Ana de Abrolaite y los conocidos para otro lugar arqueológico cercano. Se trata del sitio habitualmente mencionado en la bibliografía como Doncellas o río Doncellas. Se localiza sobre el borde occidental de la misma cuenca en la que está el asentamiento aquí estudiado. Ese sitio ha recibido diversas denominaciones: Sayate (Boman, 1908), Agua Caliente (Vignati, 1938), Doncellas o río Doncellas (Casanova, 1944; Alfaro de Lanzone y Suetta, 1976) y Agua Caliente de Rachaite (Ottonello de García Reinoso, 1973). Como el nombre otorgado por Boman es erróneo y dada la prioridad cronológica de la publicación de Vignati, se utilizará en estos párrafos, para evitar confusiones, la designación empleada por el segundo de estos autores.

Las excavaciones realizadas allí por Casanova entre 1942 y 1943 permitieron formar una numerosa colección de objetos arqueológicos originados principalmente en tumbas. Salvo dos breves comunicaciones de Casanova referidas a aspectos muy particulares de sus hallazgos (Casanova, 1944; 1967), no se habían divulgado las características generales del sitio. En años recientes se publicaron dos detalladas monografías de Ottonello de García Reinoso y Alfaro de Lanzone que son el resultado de nuevas investigaciones de campo en el mismo lugar (Ottonello de García Reinoso, 1973; Alfaro de Lanzone y Suetta, 1976). Estas publicaciones han aportado conocimientos mucho más amplios sobre ese sitio tan importante.

En cuanto a sus aspectos más generales, el sitio referido comparte algunas características con Santa Ana de Abralaite. Es también una instalación sin fortificaciones que se asocia a construcciones agrícolas las que aquí cobran igualmente notable desarrollo. Pero en cuanto a la forma y la disposición de las viviendas las diferencias entre ambos lugares son notorios. El sitio de Agua Caliente ha sido definido como un conglomerado (Ottonello de García Reinoso, 1973, p. 30) en el cual las unidades habitacionales poseen recintos rectangulares. Se han registrado varios muros que delimitan en cierta medida el espacio cubierto con viviendas y el poblado resulta, en consecuencia, claramente diferenciado de los lugares de cultivo. Existen en Agua Caliente construcciones de planta circular pero según las dos investigadoras citadas tendrían un carácter excepcional (Ottonello de García Reinoso, 1973, p. 25 y 35; Alfaro de Lanzone y Suetta, 1976, p. 21). Hay allí un elevado número de construcciones funerarias localizadas en las laderas y los barrancos que rodean al poblado que de esta manera, se vinculan estrechamente con el mismo.

Pero, a pesar de estas diferencias en cuanto a sus patrones de instalación, existen similitudes, especialmente en los complejos cerámicos recuperados en los dos lugares, que marcan una estrecha relación de tipo cultural. En Agua Caliente se efectuó el hallazgo de muchas vasijas que ostentan la decoración tricolor correspondiente al grupo B de Santa Ana de Abralaite (Alfaro de Lanzone y Suetta, 1976, fig. 5, 17 y 18), aunque no se han registrado, según parece, materiales del grupo C. En la cerámica bicolor pintada en negro sobre rojo cabe señalar la posible presencia de elementos semejantes a los del grupo A, asimilables al estilo Isla policromo, entre los tiestos incluidos por Ottonello de García Reinoso en su tipo Agua Caliente pintado, modalidad C de terminación de superficie (Ottonello de García Reinoso, 1973, fig. IX C). También, como se mencionó más arriba al describir las alfarerías de Santa Ana de Abralaite, hay en este sitio un grupo de cerámica bicolor que resulta similar a la modalidad B de terminación de superficie del tipo Agua Caliente pintado (Ottonello de García Reinoso, 1973, fig. VIII).

Las dos instalaciones están localizadas sobre las márgenes opuestas de un mismo bolsón puneño. Son además muy cercanas. Desde la aldea prehistórica de Santa Ana de Abralaite se divisa con toda nitidez el contorno de las montañas que rodean a Agua Caliente. Esto justifica sus identidades culturales. Pero sus diferencias se deben seguramente a que ambos poseyeron distintos desarrollos a través del tiempo. Como se vio, se le atribuye a Santa Ana de Abrelaite una antigüedad que se remonta al período medio. En Agua Caliente han aparecido dos vasos de oro de tipo Tiahuanaco IV (Rolandí de Perrot, 1974, p. 159), lo que señalaría que parte de esa instalación también pudo pertenecer a igual período.

Según todo lo anterior puede suponerse que de los dos sitios, seguramente Santa Ana de Abralaite es el de mayor antigüedad dado su patrón de instalación que incluye viviendas circulares y porque solamente allí ha aparecido cerámica del grupo C. Pero ambos estuvieron estrechamente ligados y fueron contemporáneos en algún momento del pasado. En Cambio en Agua Caliente la ocupación perduró durante un lapso muy prolongado ya que allí no solamente se efectuaron numerosos hallazgos de elementos incaicos sino que, incluso, aparecieron restos de origen hispánico (Vignati, 1938, p. 83; Ottonello de García Reinoso, 1973, p. 33, 56, 65).

Las relaciones de contenido, ya señaladas con anterioridad, entre Santa Ana de Abralaite y algunos de los lugares de la quebrada de Humahuaca, como Pucara de Yacoraite y Peña Colorada, situados en la desembocadura de la quebrada de Yacoraite, otorgan interés adicional a los estudios desarrollados en aquel sitio. Santa Ana de Abralaite se localiza sobre la ladera occidental de

la sierra de Aguilar. En la ladera opuesta, la oriental, están las nacientes de los afluentes del río Yacoraite. De esta manera el valle de este curso de agua se convierte en una ruta de comunicación directa entre todas estas localidades. La aparición de algunos materiales cerámicos idénticos permite suponer que las vinculaciones entre estos lugares fueron muy íntimas. La existencia de un camino natural directo entre ellos, sugiere que tales lazos se habrían originado en el tránsito y en el intercambio.

Santa Ana de Abralaite se encuentra a una altura aproximada de 3.600 m sobre el nivel del mar, en la ladera de una cadena que limita a una cuenca puneña. Por lo tanto está en la porción del pie de monte que ofrece mejores condiciones para el desarrollo de la agricultura. Pero en esta zona tales posibilidades se ven aumentadas por la existencia de factores particulares que derivan de la existencia de la alta cumbre de la sierra de Aguilar. Esta juega un rol esencial en la génesis de los recursos hídricos dado su importante rol como condensador local de humedad. Se produce así en la zona un notable incremento de las precipitaciones que toman la forma de lluvia, granizo y nieve. Una comparación entre las quebradas del distrito de Abralaite y otros lugares cercanos, hace resaltar aún más tales rasgos más benéficos. Hay otros sitios arqueológicos, como Quinilicán y Lumará, que también se localizan sobre la ladera occidental de la misma sierra. Pero están más al norte, allí donde ella es mucho más baja. En consecuencia estas localidades son notoriamente más pobres ya que cuentan con recursos hídricos más reducidos.

La actividad agrícola desempeñó seguramente un papel preponderante en la vida económica de los antiguos pobladores del lugar. Esto resulta confirmado por la notable extensión ocupada por las estructuras agrícolas y por la relativa poca cantidad de restos óseos de animales aparecidos durante las excavaciones. Los antiguos cultivadores prepararon el terreno mediante la construcción de andenes y cuadros de cultivo. Pero estas estructuras no fueron levantadas en cualquier parte. Aparecen en aquellos lugares que resultan más apropiados para un mejor aprovechamiento del riego y que ofrecen una mayor protección contra las inclemencias climáticas. Subsiste una duda respecto a si todos los terrenos fueron irrigados o si alguna parte de ellos pudieron estar dedicados a la agricultura a temporal. Pero la disposición de las construcciones agrícolas sugiere que la primera de dichas técnicas, el regadío, fue la principal. No se ha logrado tampoco, a nivel arqueológico, ninguna información respecto a cuales fueron los vegetales cultivados. No obstante es posible que el maíz se contara entre ellos, tal como ocurre en otros lugares del sector oriental de la Puna. Si esto fue realmente así, sus plantaciones debieron asentarse en los sectores más abrigados.

Para lograr algunas interpretaciones con relación a la instalación antigua resultan útiles las comparaciones con la población actual, de allí el interés que tuvo su consideración. Los beneficios brindados por la zona de Abralaite resultan muy evidentes incluso hoy día. Los habitantes actuales practican una agricultura de regadío en andenes. A pesar de poseer otros medios de trabajo y subsistencia que les ofrece el mundo moderno, mantienen con gran esfuerzo sus cultivos locales. Estos no solamente sirven para un autoabastecimiento sino que producen un limitado excedente que es aprovechado para su comercialización. Como se dijo más arriba, el principal mercado para estos productos es la población obrera del establecimiento minero de El Aguilar. La larga lista de vegetales cultivados en la actualidad, pero muy especialmente los pequeños bosquecillos de árboles frutales, manzanos, ciruelos y perales, con sus capullos o sus frutos maduros, son un notable exponente de las bondades de este lugar excepcional. Son además un claro indicio de la vigencia de la agricultura en la Puna. Los pobladores se aferran a su práctica y puede decirse

que, en el sector oriental de la región, son escasos los lugares en los que no haya una mínima presencia de cultivo, aunque sea por medio de muy reducidas huertas. Las observaciones efectuadas en la instalación moderna confirma la convivencia incluso la interdependencia, de la agricultura y el pastoreo. Las dos formas económicas se desenvuelven simultáneamente en la misma localidad, pero aprovechando los distintos valores dados en diferentes porciones de su ambiente.

Pero, a pesar de los trabajos realizados en el sitio arqueológico de Santa Ana de Abralaite y su zona vecina, subsisten una serie de interrogantes importantes. Dada la antigüedad otorgada a ese sitio no se sabe si hubo una relación histórica directa entre la instalación prehispánica y la moderna. Esto conduce a pensar en la posible existencia, en algún punto de la misma zona, de los restos de otro asentamiento más reciente que el descrito en estas páginas y que haya servido de eslabón intermedio, llenando el vacío temporal que hay aparentemente entre las otras dos. Un lugar en el cual podrían buscarse tales restos es la quebrada de Río Grande, en la cual hay también construcciones agrícolas y se han denunciado, por parte de sus pobladores, algunos hallazgos de elementos cerámicos.

No se sabe tampoco si las condiciones ambientales actuales son un fiel reflejo de las pretéritas. La dilucidación de este interrogante resulta esencial para lograr una interpretación adecuada de la relación entre la sociedad y el medio ambiente en el pasado a partir de las observaciones concretadas en la instalación moderna. El único elemento con el que se cuenta, por ahora, para un análisis de este tipo consiste en la consideración de las similitudes y las diferencias entre los dos asentamientos.

Lo cultivos de ahora, si bien se desarrollan con técnicas que parecen similares a las antiguas, ocupan un espacio mucho más reducido. Hay grandes extensiones con construcciones agrícolas que se encuentran abandonadas y muy destruidas. Esto podría explicarse, tal como ha sido señalado para otras zonas de la gran región andina por la insidencia de cambios climáticos periódicos (Cardich, 1974). Según esto, modernamente se cultiva menos pues habría menos agua.

Pero podría suponerse también lo contrario. Tal cosa significaría que los recursos hídricos actuales permiten un desenvolvimiento agrícola similar, quizás, al del pasado y mucho mayor que el evidenciado por los cultivos existentes. Pero los habitantes modernos no explotan todas estas potencialidades. Ellos desarrollan ahora una serie de actividades antes desconocidas y mantienen sus cultivos como un elemento tradicional totalmente secundario. Siembran así superficies mínimas dejando baldías otras que podrían ser también aprovechadas, pues ahora no las necesitan o porque no pueden atenderlas a raíz de sus nuevas ocupaciones. En algunos lugares de Santa Ana de Abralaite coexisten parcelas plantadas junto a terrenos con andenes antiguos totalmente en desuso. Es muy posible que todas o gran parte de estas tierras, actualmente yermas, pudieran ser fácilmente transformadas en fértiles dado que están en puntos en los cuales hoy día el riego puede realizarse.

Es casi seguro que para encontrar las verdaderas causas de las diferencias entre el pasado y el presente será menester considerar conjuntamente dos grupos de fenómenos. Por un lado están todos aquellos que derivan de los cambios climáticos acaecidos con el tiempo. Pero, por el otro, tampoco deberán ser olvidadas las alteraciones promovidas en la vida de los pobladores locales a partir de su primer contacto con los europeos en el siglo XVI, iniciándose entonces un largo proceso que culminó con la acción del mundo moderno.

BIBLIOGRAFIA

- ALFARO DE LANZONE, L. C. y SUETTA, J. M. 1976: "Excavaciones en la cuenca del río Doncellas". En: *Antiquitas*, n° 22-23, ps. 1-32, Buenos Aires.
- BENNETT, W. C., BLEILER, E. F. y SOMMER, F. H. 1948: "Northwest Argentine Archaeology". En: *Yale University Publications in Anthropology*, n° 38, New Haven.
- BOMAN, E. 1908; "Antiquités de la région andine de la République Argentine et du Désert d'Atacama". París.
- CABEZAS, O. A., JOAQUÍN, J. C. y CASAS, D. J. 1976: "Yacimiento de Tabladitas (Puna Jujeña)". En: *Actas y Memorias, Cuarto Congreso Nacional de Arqueología Argentina (primera parte)*, ps. 89-94, San Rafael.
- CASANOVA, E. 1933: "Tres ruinas indígenas en la quebrada de la Cueva". En: *Anales del Museo Nacional de Historia Natural*, t. 37, ps. 255-320, Buenos Aires.
- 1944: "Una estólica de la Puna Jujeña". En: *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, vol. 4, ps. 115-132, Buenos Aires.
- 1967: "Una significativa pictografía de la Puna Jujeña (Argentina)". En: *Antiquitas*, n° 5, ps. 1-3, Buenos Aires.
- CARDICH, A. 1974; "Los yacimientos de la etapa agrícola de Lauricocha, Perú, y los límites superiores del cultivo". En: *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, t. 8, Nueva Serie, ps. 27-48, Buenos Aires.
- DEAMBROSIS, M. S. y DE LORENZI, M. 1975: "Definición de nuevos tipos cerámicos (análisis de materiales procedentes de Peña Colorada, provincia de Jujuy)". En: *Actas y Trabajos. Primer Congreso de Arqueología Argentina*, ps. 451-461, Buenos Aires.
- DEBENEDETTI, S. 1910: "Exploración arqueológica en los cementerios prehistóricos de la Isla de Tilcara". En: *Publicaciones de la Sección Antropológica de la Facultad de Filosofía y Letras*, n° 6, Buenos Aires.
- KRAPOVICKAS, P. 1955: "El Yacimiento de Tebenquiche. Puna de Atacama". En: *Publicaciones del Instituto de Arqueología de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires*, n° 3, Buenos Aires.
- OTTONELLO DE GARCÍA REINOSO, M. 1973: "Instalación, economía y cambio cultural en el sitio tardío de Agua Caliente de Rachaite". En: *Publicaciones de la Dirección de Antropología e Historia de Jujuy*, n° 1, ps. 23-68, San Salvador de Jujuy.
- OTTONELLO DE GARCÍA REINOSO, M. y KRAPOVICKAS, P. 1973: "Ecología y Arqueología de Cuencas en el sector oriental de la Puna. República Argentina". En: *Publicaciones de la Dirección de Antropología e Historia de Jujuy*, n° 1, ps. 3-21. San Salvador de Jujuy.
- PÉREZ, J. A. 1973: "Arqueología de las culturas agroalfareras de la Quebrada de Humahuaca (Provincia de Jujuy, República Argentina)". En: *América indígena*, vol. 23, n° 3, ps. 667-679, México.
- ROLANDI DE PERROT, D. S. 1974: "Un hallazgo de objetos metálicos en el área del río Doncellas (Provincia de Jujuy)". En: *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, t. 8, Nueva Serie, ps. 153-160, Buenos Aires.